

Cuando salí de mi tierra, 10 de marzo de 1949

Entrañables recuerdos de una niña emigrante de 7 años que siempre los llevara en su memoria y en su corazón

María de los Ángeles Lorenzo Díaz

A mis queridos y nunca olvidados padres, a mi querida madrina que fue mi “madre de leche”, a mi querida tía Aurora, (tía Yoyo) quien fue como una madre para mí, a todos ellos les dedico mis memorias por formar parte muy importante de ellas. ¡Qué Dios los tenga en la Gloria!

PRESENTACIÓN

Llegada a cierta edad de la vida, cuando el cuerpo se cansa de cargar años y la mente se repleta de recuerdos, hay quien aún puede mirar atrás y vivir nuevamente su vida, porque como bien dice el refrán: “Recordar es volver a vivir” y por esta razón, me complace contarles la historia de mi vida, compartiendo mis más íntimos recuerdos de una manera resumida para no abusar de su paciencia; pero a la vez, para dejar plasmado en estas páginas todo lo que aún guarda mi mente con claridad y lucidez en esta sexta década de mi vida.

He llorado mucho en este afán de evocar momentos pasados que yacían dormidos por el tiempo y que, con esta oportunidad, han resurgido intensamente y me acompañarán hasta el final de mis días. También he visto asomar el llanto en los ojos de mi esposo y de mi hija; esa no fue mi intención, pero así es la familia, una sólida estructura que se yergue y perdura por los años con su historia a cuestas.

A través de esta lectura, podrán darse cuenta que nací y viví en Puebla de Sanabria, provincia de Zamora, hasta los siete años, donde tuve una niñez muy feliz junto a mis padres y cuatro hermanos, además de una numerosa familia que me quería y complacía en todo. Disfrutaba mucho jugando con mis primas y amiguitas, nos bañábamos en el río, corríamos por el pinar y hacíamos

pelotas y figuras con la nieve. Como yo ocupaba el cuarto lugar entre mis hermanos y era la más pequeña de las hembras, mi papá me nombraba “mi princesita” y así me siguió llamando por siempre.

De esta forma transcurrió felizmente mi niñez hasta que en mi familia se produjo un brusco cambio por la decisión que tomaron mis padres de emigrar hacia Cuba, ante la precaria situación económica por la que atravesábamos todos.

Comienza así la primera etapa triste de mi vida al dejar atrás la “casita” donde nací, a mis abuelitos, madrina, tíos, primos y amiguitas de juego.

Aún, en pleno proceso de mi adaptación a la nueva vida en este país, nuevamente enfrenté momentos muy duros y tristes al verse obligados mis padres, ante la precaria situación económica al momento de su llegada, de enviarme a vivir temporalmente con mi tía Aurora (tía Yoyo) a otra provincia lejana. Esa separación constituyó para mí, quizás, la más dolorosa emigración.

No pretendo solamente reflejar los momentos de tristeza o infelicidad por los que pasé en una etapa de mi vida, sino otros de gran felicidad y estabilidad que incluye mi vida de adulta hasta el presente.

MI VIDA EN ESPAÑA: 1941-1949

En Puebla de Sanabria, provincia de Zamora, España, el seis de abril del año 1941, Domingo de Ramos, nacimos las niñas jimaguas¹, María de los Ángeles y María Teresa; esta última falleció al año y un mes de nacida producto de una enfermedad conocida por bronconeumonía.

Soy hija de un emigrante zamorano, nombrado Ángel Lorenzo Iglesias, nacido en el año 1904 en Mombuey, provincia de Zamora, España, y de una cubana, Blanca Ciria Díaz Hernández, nacida en el año 1907, en la ciudad de Cárdenas, provincia de Matanzas, Cuba. A los dos, siempre los llevaré en mi corazón y les estaré eternamente agradecida porque me dieron la vida en esa



María de los Ángeles Lorenzo Díaz con sólo 7 años.



Mi madre con nosotras en brazos, siendo aún bebés.

¹ Gemelas. (N.E).

bella tierra española. Viví en mi querida Puebla de Sanabria hasta los 7 años junto a mis padres y cuatro hermanos. Además de una extensa familia, constituida por mis abuelitos, diez tíos paternos, con una numerosa descendencia, mi padrino y madrina, quien a su vez fue mi “madre de leche”, la que me alimentó con la leche de sus pechos, con el mismo amor que lo hiciera con su propia hija, ante la imposibilidad de que mi madre pudiera amamantar a sus dos niñas. Muy fuertes lazos de amor me unieron a mi madrina y a mi “hermana de leche”. Allí se formó mi primera niñez al cuidado y cariño de esta numerosa familia.

Uno de mis momentos más felices era ver cuando los “Tres Reyes Magos” pasaban majestuosos, vestidos con sus capas rojas sobre la blanca nieve y en la noche cuando sentía sus pisadas al dejarme los juguetes. Recuerdo como si fuera un sueño, que jugaba en la nieve y correteaba por un inmenso pinar. Además, cuando en el verano mis hermanos mayores me llevaban a bañarme en el río, pero no olvido que a pesar de que disfrutaba mucho esos momentos, en ocasiones sentía miedo al ver que pasaban unos peces largos y extraños entre mis pies, que según oí decir eran anguilas. Un recuerdo muy profundo que siempre conservé fue la imagen de un inmenso castillo que veía desde la puerta de mi casa como parte de mi entorno cotidiano. No asistí a la escuela por no contar con la edad requerida para ello. Recuerdo esta etapa de mi vida como



Con mis padres y mis cuatro hermanos.



Imágenes en las que aparece mi madrina.



Imagen del castillo de Puebla de Sanabria y el río Tera en invierno.

algo muy especial donde fui muy feliz junto a todo aquello que sentía mío y de lo que yo formaba parte.

Contaba con sólo 7 años de edad cuando mi vida y la de mi familia experimentaron un brusco cambio. Con gran tristeza recuerdo el día de mi partida de España, junto a mis padres y hermanos, por motivos de la precaria situación económica, la hambruna, carencias de todo tipo provocadas por la Guerra Civil y la II Guerra Mundial. Esos recuerdos son muy vívidos y otros vagos, que se confunden con el triste sueño de una niña de tan corta edad. Vagamente recuerdo cuando mis padres y hermanos mayores me dijeron que pronto nos iríamos todos juntos para otro lugar muy lejano, a vivir con otros tíos y primos que me iban a querer mucho también, donde pasaríamos menos trabajo y que allí tendría nuevas amiguitas para jugar. Recuerdo que esa noticia me puso triste, pero lo único que entendía era que me llevarían de allí, y a mi corta edad me fue imposible comprender el significado de esas palabras. Según pasaban los días se acercaba nuestra partida. Recuerdo que mi casa era visitada por muchas personas no tan allegadas, además de otros familiares y amistades lejanas. Veía cómo iban llenándose los baúles, y las paredes poco a poco se quedaban vacías. Eso me llamaba la atención, pues no comprendía bien lo que pasaba. Aunque mi vida transcurría normal, me podía percatar que había mucha tristeza en el rostro de todos. El recuerdo de esa última noche en mi “casita” nunca lo podré olvidar, pues nadie se acostaba y la casa estaba repleta de personas llorando. El sueño debió vencerme porque cuando me despertaron era para vestirme y partir, todos lloraban. En este momento de la despedida, recuerdo que sentí algo muy malo y triste que me daba miedo y quizás buscando amparo y ayuda en el momento de la partida, corrí hacia donde estaba mi madrina, que recuerdo llevaba puesta una larga falda negra y me escondí detrás de ella, aferrándome a sus piernas y llorando le decía: “madrinita (*sic*), escóndeme, no dejes que me lleven”. Sentí entonces unos brazos que me desprendieron de mi madrina, a la que no volví a ver más hasta 46 años después. Estos momentos me marcaron para siempre y no los olvidaré nunca en lo que me resta de vida.

Partimos de Puebla de Sanabria el 17 de febrero de 1949. Recuerdo haber montado en ómnibus y en tren, algo nuevo totalmente para mí, y haber visto muchos lugares desconocidos, hasta por último embarcar en un grandísimo barco llamado “Magallanes”, y para mi bien, mis padres y hermanos siempre estaban a mi lado tratando de aliviar mis miedos. En ese barco no me sentía cómoda, tenía mucho calor (esto se debe a que viajábamos en tercera clase). Mi papá me llevaba de la mano por todo el barco y me iba haciendo cuentos de fantasías y me enseñaba algunos peces grandes que nadaban al lado, así, los días fueron pasando de una forma más entretenida y con ello evitaba que

sintiera deseos de volver a mi casa. Fueron 21 días inmensamente largos en los que el barco hacía escala en distintos puertos, mi papá y hermano mayor se bajaban, y yo, temerosa, me aferraba a la mano de mi mamá con el temor de quedarme sin ella. Como costumbre, durante la travesía, mis padres nos llevaban a la cubierta del barco cuando hacía escala en los distintos puertos para darles a los estibadores alimentos como frutas y panes pues nos decían que esos hombres trabajaban duro y tenían hambre. Yo les llevaba en mis manos los alimentos y recuerdo que lo hacía contenta, pero en el Puerto de Curacao (Curazao), cuando fui a entregar los alimentos me enfrenté a un hombre muy grande, desnudo para arriba, mojado por el sudor y con la piel de color negro. Nunca olvidaré aquel tremendo susto que recibí, pues desconocía que pudieran existir personas de otro color diferente al nuestro. El miedo que sentí fue tal que le lancé las frutas y salí corriendo hacia el camarote buscando a mi mamá.

Así transcurrieron los 21 días de ese viaje. Recuerdo que un día (10 de marzo) mis padres nos llevaron a la barandilla del barco y nos dijeron: “¡miren bien, ya llegamos al lugar donde vamos a vivir!”.

Mis padres saludaban con gran alegría a la familia que nos estaba esperando: algunos en una lanchita al costado del barco, y el resto estaba en el muelle. Nunca olvidaré la cara de inmensa alegría de mi mamá cuando abrazaba a sus familiares que hacía aproximadamente 20 años no los veía. Para mí eran unos extraños que me abrazaban y me besaban con mucho cariño y alegría, que hablaban de una forma diferente a nosotros y decían cosas que yo no entendía muy bien. Llegamos a una casa en el municipio de Regla, donde vivía una hermana de mi mamá con su esposo y me explicaron que ahí íbamos a vivir todos unidos. Para mí esa casita era muy pequeñita y sentía que no cabíamos en ella ya que había muy poco espacio y mucho calor. Recuerdo que encontré allí un asiento que se mecía (era un sillón; me llamó mucho la atención ya que nunca antes lo había visto. Nos tenían preparado un almuerzo que no me gustó; para mí era un “dulce” junto con la comida, (se trataba de platanitos maduros fritos).

Comienza así una nueva vida para mí, en un lugar desconocido, rodeada de personas que iban a verme y me pedían que hablara para oír mi acento español, apretaban mis rojos cachetes y tocaban mis largas trenzas, esas trenzas que formaban parte de mí, pues desde pequeñita las tenía y tuvieron que cortármelas a los pocos días de mi llegada porque durante el viaje en el vapor “Magallanes” me llené de piojos. Esto parece ser algo insignificante, pero fue para mí algo muy triste, pues así de sencillas “eran mis tristezas”. Fue algo más que un simple corte de cabello ¡y sumadas todas las pérdidas anteriores...! A veces me decían en la casa: “Nenica, vamos a bañarte”, y yo le respondía con



Mi muñeca Maruchita.

naturalidad: “no, si yo me bañé ayer”, y eso era motivo de risas y burlas entre todos los presentes, familiares o no, cosa que me hacía mucho daño. Todo esto convirtió a esa españolita de sólo 7 años en una niña muy tímida y retraída que se escondía para que no la hicieran hablar palabras como: “está pingando”, “dame bollo” y otras. Además, me pedían que pronunciara garbanzos, alkazelzer (*sic*)... etc. Ya me nombraban: “la Galleguita”. Creo que el más lindo de los recuerdos, después de mi partida de España, fue cuando me regalaron, a mi llegada a Cuba, una

bellísima muñeca como nunca antes había visto, y una carterita de color rojo con 100 centavos dentro, me sentí millonaria. A esa muñeca la nombré desde el inicio, Maruchita. No recuerdo el porqué la llamé así. Siempre la llevé conmigo y aún en la actualidad la tengo junto a mí como algo muy valioso que me recuerda esos días de mi llegada. A pesar de tantas atenciones y cariños de mi nueva familia, recordaba mucho a mi casita y familiares de España, y quería volver con ellos, los extrañaba mucho.

MI LLEGADA A CUBA. 10 DE MARZO DE 1949. MUY POCA EDAD PARA TANTAS AÑORANZAS

No quiero dar por terminada esta historia sobre mi despedida de España, viaje y llegada a esta tierra cubana, con solo siete años de edad, sin dejar de mencionar algo que para mí representó la parte más triste de la emigración, pues no sólo sufrí los momentos de la partida y separación de mis familiares de España, sino que una vez aquí en Cuba y aún bajo los sufrimientos del desarraigo de la patria, de mis raíces, en mi adaptación a una nueva forma de vida, todavía tendría que enfrentar momentos muy tristes y duros, pues la tía Aurora y su esposo tomaron la decisión de irse a vivir a otra provincia y le plantearon a mis padres el deseo de llevarme con ellos. De esta forma, les ayudarían ante la precaria situación económica que enfrentaban todos para alimentar, educar y criar a los 5 hijos y en condiciones de hacinamiento además, pues vale mencionar, que en esa casita de sólo 2 pequeñas habitaciones para dormir, vivíamos 9 personas. Tal decisión fue muy dura y difícil para mis padres, quienes deseaban mantener unida a la familia que habían constituido y que sufría ya los efectos de la emigración y, muy a su pesar, permitieron

que la tía Aurora me llevara a vivir con ellos a la provincia de Camaguey, a un pueblito de campo, en un central azucarero desactivado nombrado Velasco, muy lejos de la ciudad de La Habana, para allí cuidarme y educarme como a la hija que nunca pudieron tener.

A pesar de que esa tía llegó a ser con el transcurso del tiempo como una madre para mí, aquel día de la separación de mis padres y hermanos fue el momento más triste de toda mi vida y quizás el que más huellas me dejó, pues para mí constituyó la segunda y más dolorosa “emigración”, porque en este caso se trataba de alejarme del calor de mis padres y hermanos que eran la única familia, fuente de afecto, seguridad y amor que me quedaba a tan poca edad, para ser llevada a otro lugar desconocido con personas que nunca había visto, lo que me generaba miedo y tristeza. La separación de mi familia fue dura y triste para mí; algo que yo no quería pero que tuve que aceptar.



Con mis tíos en Velasco.

MI VIDA EN VELASCO, CAMAGÜEY (1949-1954)

Partimos hacia Velasco en tren y nuevamente experimenté los temores a lo desconocido, pero en este caso, sola, sin la presencia protectora de mis padres y sin tener la mano de mi mamá para que calmara mis miedos como hasta ese momento siempre había hecho.

Después de un largo viaje, donde mi tía me iba dando ánimos y cariño, llegamos finalmente a “otra casa”, que sería “mi nuevo hogar”. No puedo describir la sensación de desamparo y soledad tan grande que sentí esa noche en que, por primera vez en mi vida, dormiría sola y además en un lugar desconocido, en una cama que me pareció inmensamente grande, y extrañé mucho en ese momento no estar “apiñada” con mis hermanos como era mi costumbre.

En este lugar me enfrenté a nuevas situaciones con personas y niños curiosos que me rodeaban para hacerme hablar y oír mis diferentes palabras y acento español, de ahí que allí me nombraran también “la Galleguita”.



Con mi tía Amparo.

Esta tía me crió con mucho amor, me formó y educó con gran cariño, como mi segunda madre y nunca la olvidaré, pero totalmente ajena a mis costumbres y a la vida que había dejado atrás en España, por lo que no podía aliviar mis añoranzas y mantener vivos mis recuerdos más felices. Así, esos recuerdos, se fueron empañando durante los 5 años de mi vida junto a ella, donde nunca más pude hablar con nadie sobre mis familiares de España, amiguitas de juego, mis canciones, todo lo que enriquece la vida a esa edad; sólo me quedaba la compañía de mi muñequita Maruchita como lazos que me ataban a mi familia lejana y me refugié en ella.

Allí empecé a asistir a la escuela por primera vez y me ubicaron en un grado correspondiente a mi edad y no a mis conocimientos, por esta razón, en el aula me sentía totalmente ajena al grupo, no entendía nada de lo que explicaban y eso me hizo sentir “perdida”, sin querer hablar para que no se rieran de mi forma de nombrar las cosas.

Un triste recuerdo que no se borra de mi memoria fue cuando un día, mi tía, pensando que ya no era necesario llevarme ella a la escuela, no me acompañó y recuerdo que me vi sola en el camino sin saber para dónde ir. Sentí mucho miedo y mi cuerpo comenzó a temblar, hasta que alguien me tomó de la mano y me llevó para la escuela. Fueron momentos duros donde ansí y necesité estar al lado de mi familia. No recuerdo que llorara a pesar de sentir tanta soledad y tristeza; no era capaz de pedirle algo a mi tía aún cuando sintiera algún tipo de malestar y al tener frío en las noches de invierno, me quedaba calladita y acurrucadita porque me daba pena llamarla; sólo deseaba que mi mamá estuviera a mi lado.



Foto de juventud de la autora del relato.

Mi conducta era la introversión, la timidez, la inseguridad y el temor a todo. El tiempo y el amor de mi tía ayudó a que mi vida poco a poco se fuera estabilizando. Durante estos 5 años que viví en la provincia de Camaguey, mi mamá y mi tía mantenían correspondencia por correo frecuentemente y así procuraban que yo no me sintiera abandonada por mi familia, pero eso no era suficiente para mí. ¡Sólo veía a mis padres y hermanos un mes al año, en mis vacaciones escolares! Al estar entre ellos durante este corto tiempo notaba con gran tristeza que todos, hasta

el más pequeño, conservaba su acento español que ya en mí se había perdido, así como cantaban las canciones de Puebla y mencionaban a la familia por sus nombres, mientras que yo sólo conservaba el recuerdo de un enorme castillo que veía desde la puerta de mi casa, acompañado de algunas imágenes y vagos recuerdos de mi familia lejana.

A los 13 años de edad ya era una adolescente feliz adaptada al medio que la vida me había impuesto, y al terminar el sexto grado, sin más posibilidades de continuar estudios en este pueblito de campo, mis padres y tíos deciden enviarme de regreso a la capital para dar continuidad y culminar los estudios. Ya mi familia tenía un mejor nivel económico, por lo que pudo enfrentar mi retorno al hogar.

Este regreso a mi casa, junto a mis padres y hermanos fue siempre muy deseado por mí y viví con ellos muy feliz hasta los 17 años que me casé, constituí mi propio hogar y tuve dos hijas y dos nietos, a las que les he transmitido el amor por mi añorada y siempre recordada patria.

Le doy gracias a Dios, porque después de haber tenido una etapa de mi niñez con tantos momentos de infelicidad y tristezas como resultado de mis “dos emigraciones” (España-Habana-Camagüey), ya de adulta, he sido premiada con creces en muchas cosas, y además tuve la oportunidad, por invitación de la Diputación de Zamora en el año 1995, de formar parte del Plan Añoranza y volver a mi querida y añorada Puebla. Allí pude reencontrarme con mi numerosa familia, poner mis pies finalmente en la “casita” donde nací, toqué a su puerta como tantas veces había hecho cuando era pequeña.

Quiero resaltar que eso para mí fue algo muy importante, porque yo



La autora del relato de adolescente.



La autora con sus amigas en La Habana.



En Puebla de Sanabria en 1995.

veía siempre a otras personas señalar la casa donde habían nacido y vivido, y sin embargo, yo nunca pude enseñarle a nadie, ni a mis hijas, esta casita; siempre he sentido como si en la historia de mi vida se hubieran perdido los primeros siete años.

No puedo describir con palabras lo que sentí cuando, al cabo de 46 años de ausencia, pude ver hecho realidad este deseo, en el que también pude abrazar y besar a mi querida madrinica y “madre de leche” nombrada María Crespo, que me recibió con gran cariño y se convirtió en mi sombra durante toda mi estancia allí. Al poco tiempo de mi regreso ella fallece, pero me quedan las fotos junto a ella como último recuerdo.

También tuve la dicha de volver a encontrarme con mis tías y primos. Sentí entonces, como si hubiera “vuelto a nacer”. Allí estaba el majestuoso castillo, que me sorprendió, ya que no lo vi tan inmenso como estaba en mis recuerdos. Además, caminé por el pinar que tantas veces recorrí de pequeña, mis ojos se llenaron de todas aquellas imágenes opacadas (*sic*) por el tiempo y me sentí renacer.

Como culminación de este trabajo quiero presentarles a aquella muñequita que me regalaron a mi llegada de España, a quien nombré “Maruchita” y que ha sido parte inseparable de mi vida, en las dichas y en las tristezas y que aún me acompaña a los 66 años de edad.

La historia que anteriormente les he presentado ha sido solamente, una parte de mi vida que se relacionó con mi emigración y que expresa mis primeros años vividos en mi querida Puebla, hasta los siete años, así como los relatos sobre el transcurso del viaje y la llegada a Cuba, los cuales narré hasta mis trece años por los acontecimientos traumáticos vividos a consecuencia de la emigración.



Con mi muñeca Maruchita.

A continuación, les relataré la historia de todo lo ocurrido hasta este momento y darles a conocer que a pesar de haber pasado en mi niñez por tantos momentos tristes, pude superarlos y encauzar mi vida convirtiéndome en una adolescente y adulta emocionalmente sana y estable.

A los trece años cuando ya regresé del Central Velasco, Camaguey, me volví a unir a mis padres y hermanos dándole continuidad a mis estudios.

Un momento muy feliz de mi vida que no puedo pasar por alto fue la celebración de mis quince años, con una sencilla y linda fiesta como sueña toda quinceañera, que con mucho cariño me organizaron mis padres, a la que asistió toda mi familia y mis nuevas amistades.

Me gradué a los dieciséis años de Secretariado Comercial además de taquígrafa y mecanógrafa. A los diecisiete años contraje matrimonio que aún se mantiene después de 48 años. Fruto de esta unión nos nacieron dos niñas.

Mi vida por esa época se centro fundamentalmente en el cuidado, crianza y educación de mis hijas, y para esto conté siempre con la ayuda y sabios consejos de mi querida suegra, Lucita, en mi formación como ama de casa y madre, dada mi corta edad e inexperiencia al momento de mi matrimonio aunque no vivíamos en la misma casa, pues vio en mí a la hija que nunca tuvo, y supo comprender mis añoranzas, porque ella también, coincidentemente, emigró de Galicia a Cuba a los 7 años de edad.

En el año 1972 comencé a trabajar en el sector de la Salud Pública y conjuntamente, vinculando el trabajo con el estudio, me gradué como técnico medio en Psicometría (relacionado con test mentales). Continué mi vida laboral dentro de la Salud Pública hasta mi jubilación en el año 2002. Durante esta etapa de mi vida, mis hijas también culminaron sus estudios.



Durante la celebración de mi 15 cumpleaños.



El día de mi boda.



El día de mi boda.

como volver a pisar tierra española. Allí celebramos las fechas conmemorativas de nuestra sociedad y de la región de Castilla y León. Su actual Presidente, el señor Sergio Rabanillo y el resto del ejecutivo nos brindan una esmerada atención y realzan en todo momento nuestra condición de emigrantes. Nuestra felicidad es aún mayor cuando en las fechas importantes acuden los miembros de la Diputa-

La mayor se graduó de Licenciada en Psicología de la Salud, pasando a trabajar como Psicóloga en un Hospital. La más pequeña se hizo licenciada en Educación y comenzó su vida laboral como profesora de Nivel Medio Superior. Las dos contraen matrimonio. Mi hija menor, que se quedó viviendo en nuestra casa; en 1990 tuvo a su hijo; y la mayor, que al casarse se fue a vivir a la casa de su abuela paterna, tuvo el suyo en 1991.

En el año 1995 conozco, por primera vez, sobre la existencia de una sociedad zamorana y allí acudí prontamente para pertenecer a ella. Nos asociamos todos mis hermanos y mi núcleo familiar. A partir de ese momento sentía que ya volvía a tener “un pedacito de Zamora” a donde poder ir a compartir con mis coterráneos y fui muy feliz. A partir de entonces experimenté sensaciones y emociones como hacía años no sentía, era



Con mi suegra Lucita.

ción de Zamora a celebrarlas junto a nosotros, dándonos muestras de gran cariño y llenándonos de atenciones; esto nos llena de regocijo porque sentimos que no somos olvidados por España y esto reconforta mucho nuestros corazones y alivia en algo nuestras grandes añoranzas. En ese mismo año, 1995, fui seleccionada junto a mi hermano Francisco, mayor que yo, para integrar el Plan Añoranza que nos llevaría a pasar 15 días en Zamora, a nuestros lugares de origen, a reencontrarnos con nuestros familiares, y visitas a lugares históricos de Zamora. Fueron unos días maravillosos e inolvidables. Hacía 46 años que habíamos salido de España y no es posible a través de estas líneas poder describir nuestros sentimientos al pisar de nuevo la tierra que nos vio nacer. ¡Cuánta alegría invadía nuestros corazones!, cuando sentimos que las ruedas del avión



Mis hijas y sus hijos.

tocaban el suelo patrio mi hermano y yo nos abrazamos llorando y él me dijo: “Ya estamos en tierra de España”; nos parecía increíble estar de nuevo allí. Nos trasladaron en un autocar muy cómodo rumbo a Zamora, y cuando íbamos por la carretera al pasar por Puebla de Sanabria, pararon el autocar y nos dijeron: “¡Ahí tienen a su Puebla!”. ¡Qué emoción tan inmensa sentimos al ver a lo lejos el castillo, que es como decir “¡Puebla!”, prácticamente el mayor y más claro recuerdo de mi niñez, allí con lágrimas en los ojos nos pusimos a cantar la canción de nuestra Puebla, lo que emocionó mucho también al grupo que nos acompañaba. Esta gran alegría se la debemos a la Diputación de Zamora quien costeó toda nuestra estancia y nos colmó de innumerables atenciones y cariño, pues jamás por nuestros medios hubiéramos podido realizar ese viaje.

Allí pasamos días inolvidables, congratulándonos con actos, banquetes y sobre todo brindándonos mucho afecto. Nos complacían nuestros más mínimos deseos y lograron así hacernos sentir como verdaderos Reyes; ellos sabían el significado que tenía para cada uno de nosotros todo lo que nos hacían. También el pueblo español nos recibió con gran cariño, nos



Mis hijas y sus hijos.



Durante nuestra estancia en España junto con el todavía alcalde de Puebla de Sanabria, Pepe Fernández.

nombraban “los expedicionarios”. Es por todo esto que mi agradecimiento hacia la Diputación de Zamora es y será siempre eterno. Hasta esta etapa de mi vida puedo considerar que me sentí muy feliz.

Pero en el año 1997 nuevamente sufro otro brusco y triste golpe, pues mi hija menor, que vivía en nuestra casa con su esposo y nuestro primer nietecito de siete años, toma la decisión de cambiar su vida en busca de nuevos horizontes y bienestar para ellos. El día 27 de diciembre del año

1997 en horas de la madrugada después de haberlos despedido, pasó sobre nuestras cabezas un inmenso avión que se llevaba trozos de mi vida. Recuerdo que en medio de llantos nos abrazamos todos y pedimos al Señor un pronto reencuentro. Mi corazón se rompió al verlos partir a otra tierra lejana, dejándonos sumidos en una gran tristeza y soledad.

Esta decisión de mi hija fue un golpe muy duro para nuestra familia que hasta esos momentos se mantenía unida como una “piña” y ya se comenzaba a desmembrar. Para mí fue mucho más dolorosa aún, porque en esos momentos vi repetirse mi historia de emigrante en la vida de mi nietecito, pues coincidentemente el tenía siete años, los mismos que yo cuando emigré con mis padres y hermanos. Es por eso que pude comprender, más que nadie, por los momentos que este niño hubo de pasar al dejar atrás “su casita” donde había nacido y a sus abuelitos, quienes lo mimaban mucho, sus primos, juguetes, sus tíos y amiguitos de juego, y al verlos partir vinieron a mi mente aquellos momentos de mi salida de España. Fue entonces cuando comprendí verdaderamente a mis queridos abue-



Mi marido y yo con nuestro nieto que entonces tenía siete años.

litos y sentí en carne propia cuánto fueron sus sufrimientos al ver partir para siempre a su hijo con sus cinco nietos por motivo de la emigración.

A partir de la ida de mi hija y nieto se quedó una parte de mi vida vacía y me he empeñado en mantener vivos los recuerdos de ese niño a través de una comunicación constante con ellos. Le recordaba lo que tenía aquí, le enviaba fotos de su casa, su camita, sus juguetes preferidos, le nombraba a sus amiguitos... Todo esto lo hice y aún lo sigo haciendo con el firme propósito de que no olvide nada ni a nadie de la tierra que lo vio nacer, pues no quiero que pase por lo mismo que yo pasé, que se le empañen los recuerdos de sus primeros siete años de su vida como me ocurrió a mí. Gracias a Dios todavía me queda aquí en Cuba mi hija mayor y mi nieto y ellos me acompañan en todo momento.

La emigración, como fenómeno histórico social de todos los tiempos, ha sembrado en las familias el dolor, la desesperanza y el desconsuelo sin par, al provocar su desmembramiento. Es la familia la encargada de regular y garantizar el crecimiento, el desarrollo y el equilibrio emocional de cada uno de sus integrantes, cumpliendo no sólo funciones reproductivas, sino además, económicas, afectivas y socializadoras que proporcionan salud y bienestar a todos sus miembros por individual y a la familia como grupo. Es conocido que la familia es el primer grupo al que se inserta el individuo al nacer y es allí, precisamente, donde se forman sus valores, sus principios, donde se produce el aprendizaje, se transmiten creencias, hábitos, actitudes y conductas hacia la salud, además de mucho amor.

De aquella familia Lorenzo Díaz, constituida por siete miembros, que el 10 de marzo de 1949 llegamos a Cuba, solamente quedo yo en este país. Mis padres fallecieron, tres de mis hermanos retornaron a España, uno de los cuales falleció recientemente y mi hermana mayor murió hace año y medio aquí en Cuba. Mi esposo tuvo la satisfacción y alegría de poder obtener la ciudadanía española por acogerse a la de su madre que era nativa de Galicia y esto ha sido un lindo acontecimiento que nos ha unido aún más en nuestro matrimonio de 48 años. Le estoy muy agradecida al Gobierno español por la ayuda económica que me brinda y que me permite vivir los últimos años de mi vida con seguridad y estabilidad.



Mi nieto antes de marcharse, su primo, también nieto y un amiguito.

Por último, mis agradecimientos al Gobierno de España por no olvidar a sus emigrantes, a la Diputación de Zamora por mantenerse siempre al tanto de nosotros, brindándonos todo tipo de apoyo y afecto, a la Colonia zamorana en Cuba, a mi esposo e hija mayor que me apoyaron en todo para hacer este trabajo. En especial al Sr. Don Juan Andrés Blanco Rodríguez, que nos ha dado la posibilidad de narrar nuestras historias, para que de esta forma queden en la memoria de ambos países y constituyan un legado para las familias. A todos, mi más profunda gratitud.